

LA EQUIVOCADA DISTINCIÓN ENTRE LIBERALISMO ECONÓMICO Y LIBERALISMO POLÍTICO **

Victoriano Martín Martín

“No son muchas las cosas buenas que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de servir solo al interés público.”

A. Smith, *La riqueza de las naciones*

Introducción

Las líneas que siguen son el resultado de una reflexión motivada por una lectura detenida de la gran obra de Adam Smith *La riqueza de las naciones*. En ellas intentamos resaltar las estrechas relaciones existentes entre el liberalismo político y el liberalismo económico, para concluir afirmando los estrechos lazos entre la concepción del comportamiento humano del liberalismo y de la teoría económica.

Comenzaremos señalando la distinción frecuentemente establecida entre liberalismo económico y liberalismo político, así como las diferentes lecturas que realizan de estos términos las distintas formaciones políticas. Pasaremos después al estudio de los orígenes comunes del capitalismo y el liberalismo, llamando la atención sobre los avances económicos y políticos que respectivamente propiciaron frente a las teorías que sustentaban las relaciones económicas y políticas del Antiguo Régimen. Finalmente nos detendremos en la hipótesis smithiana, que recobra nueva fuerza en la actualidad por la mayor eficiencia de un sistema económico de *laissez-faire*.

La distinción entre liberalismo político y liberalismo económico

Está muy generalizada en la actualidad la distinción semántica entre los dos liberalismos, distinción que incluso aparece en algunos tratados de teoría política, llegándose a concebir posiciones antagónicas detrás de cada uno de ellos. Uno designaría la filosofía política de la libertad y del progreso intelectual; esta acepción liberal sería aceptada generalmente y hasta reivindicada como parte de la ideología de las fuerzas políticas más "progresistas". El otro, el liberalismo económico, no ha tenido tanta suerte. Se le han imputado todos los males existentes en las sociedades capitalistas. Se sigue sosteniendo que una minoría forjó enormes fortunas condenando a la miseria y al sufrimiento a las masas trabajadoras. El "colonialismo" y el "imperialismo" serían las últimas manifestaciones del carácter

* Una primera versión de este trabajo fue leída por el profesor Schwartz, quien me aportó importantes sugerencias, e igualmente el resto de los profesores del Departamento de Historia de las Doctrinas, Económicas de la Universidad Complutense. Ni qué decir tiene que los posibles errores son responsabilidad únicamente mía.

catastrófico que habría acompañado al advenimiento del capitalismo. Pero no hace falta dibujar tan negro el panorama de los orígenes del capitalismo. El liberalismo económico conlleva una connotación reaccionaria y hasta algunos liberales de pro se esfuerzan por desmarcarse de aquellos economistas que pública y científicamente defienden el capitalismo.

La adopción de la ideología liberal por distintas formaciones políticas progresistas y conservadoras ha contribuido aun más a desfigurar su contenido y a separar lo que en el tiempo surgió unido.

Algunos conservadores más identificados con aquel "statu quo" que intentaron abolir las ideas liberales son proclives a defender aspectos del capitalismo que recibieron las más duras críticas de Adam Smith. Se siguen considerando portadores de valores irrenunciables que, según ellos, configuran la esencia de los pueblos. Pero en manera alguna parecen estar dispuestos a impulsar y defender el liberalismo económico, a "limpiar" el sistema económico de posibles abusos con el objeto de que el *laissez-faire* se realice por completo.¹

Los conservadores, si persisten en denominarse liberales, deberían desechar sus aficiones autoritarias y mostrar una mayor confianza en las normas generales y en la mecánica de las fuerzas que regulan el mercado. Los conservadores --y en esto coinciden con las formaciones políticas de izquierda--, víctimas del autoritarismo, consideran natural imponer a los demás sus propias valoraciones.

Las formaciones progresistas, incluso las que adoptan la terminología liberal como distintivo de su denominación, están demasiado imbuidas de los "mitos" que atribuyen al capitalismo el largo camino de miseria y sufrimiento de los trabajadores, como para aceptar las proposiciones de la economía ortodoxa. Al hablar de mitos somos conscientes de que en el inicio de la industrialización las condiciones de vida de las clases trabajadoras no eran envidiables, al menos desde la perspectiva actual. Nadie niega las largas horas de trabajo y las condiciones miserables de los primeros obreros industriales. Sin embargo, tampoco eran envidiables las condiciones de vida de sus antepasados.

Como ha señalado K. Popper "el terrible cuadro que traza Marx de la economía de su tiempo es demasiado cierto"; sin embargo, la situación real parece ajustarse más a la descripción de Parkes, también citada por K. Popper, al señalar que los salarios bajos, las largas jornadas de trabajo y la labor de los niños no han sido características de la madurez del capitalismo, como sostuvo Marx,

¹ Joseph A. Schumpeter, Historia del análisis económico, Ediciones Ariel, Barcelona, 1971, p. 450.

sino tan sólo de su infancia".² En este sentido tiene gran interés una idea del profesor Schwartz al analizar los distintos propósitos de dos obras del economista T. R. Malthus que nos advierten sobre las condiciones de vida de los más pobres de la sociedad con anterioridad y tras el advenimiento del capitalismo. Malthus, famoso por su *Ensayo sobre el principio de la población*, de 1798, escribió otra importante obra sobre economía en 1819, titulada *Principios de economía política*. En la primera, escrita en los albores de la revolución industrial y del capitalismo, Malthus daba una explicación sobre la muerte de los menesterosos, una realidad más frecuente que aquel estado idílico preindustrial que Engels refleja en su obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, escrita en 1845.³ En la segunda obra, escrita en plena revolución industrial y en plena actividad del capitalismo, Malthus intentaba explicar el paro de ese proletariado que gracias al capitalismo, aunque a duras penas, lograba escapar de la muerte. Merece la pena citar aquí la obra presentada por Hayek, *El capitalismo y los historiadores* (1954), en la cual se realizan importantes puntualizaciones a aquella interpretación de la historia que arranca de una larga serie de Comisiones Reales y Comités de Investigación que comienzan en el siglo XVIII, pero que alcanzan pleno desarrollo en las décadas de 1830, 1840 y 1850, recogiendo, según señala T. S. Ashton, "las pruebas más sensacionales de la Injusticia" y componiendo "con ellas una dramática historia de explotación". Como resultado, "una generación que tuvo la iniciativa y la diligencia de recoger los hechos, la honestidad de revelarlos y la energía para emprender la reforma ha sido difamada como autora no de los Libros Azules, sino de las propias Injusticias que en ellos se denuncian".⁴

Pero lo cierto es que la nueva clase obrera industrial, según apunta J. R. Hicks, conseguía una ventaja importante, la regularidad en el empleo; y que la industrialización ha resultado ser altamente favorable para los salarios reales.⁵ En definitiva, tenemos que concluir que fue la eficacia de la organización económica producto del capitalismo lo que logró alejar de la faz de la tierra el fantasma de los frenos malthusianos.

En la actualidad muchos liberales, en nombre del bienestar y la igualdad, postulan las mismas políticas de Intervención estatal y paternalismo contra las que luchó el liberalismo clásico. Y, como ha señalado Friedman, "al mismo tiempo que atrasan su reloj hasta el mercantilismo del siglo XVII les gusta tachar de reaccionarios a los

² K Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1981, pp 359-360

³ Friedrich Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, OME/6 Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1978, pp. 257-258

⁴ T.S. Ashton, "El tratamiento del capitalismo por los historiadores", en Hayek, Ashton, Hacker, De Jouvenel, Hutt, *El capitalismo y los historiadores*, Unión Editorial, Madrid, 1973, pp.37-38

⁵ J. R. Hicks, *Una teoría de la historia económica*, Aguilar, Madrid, 1974. pp. 133 y 139.

auténticos liberales".⁶ Ignoran además que el empeño, perseguido desde Aristóteles, de encontrar los precios y salarios justos, fue abandonado por los últimos escolásticos, entre los que cabe destacar a los doctores españoles del siglo XVI, que tras reconocer la esterilidad de aquellas fórmulas afirmaron que la única exigencia de la justicia era que los precios derivaran del recto comportamiento de quienes intervinieran en el mercado, esto es, que se tratase de precios competitivos establecidos sin recurso al fraude, al monopolio o a la violencia.⁷ Será precisamente de esta tradición a través de los filósofos del derecho natural de donde derive la concepción de liberalismo clásico.

La equivalencia entre liberalismo político y liberalismo económico

Es conveniente que quienes defienden el liberalismo político tengan en cuenta los estrechos lazos de unión entre la filosofía liberal y el capitalismo.

El liberalismo representa la libertad individual frente al estado coercitivo. En el campo económico supuso la suplantación del sistema de cooperación obligatoria por el sistema de cooperación voluntaria: más explícitamente, supuso la suplantación de la reglamentación coercitiva que caracterizó la cooperación bajo el estado del Antiguo Régimen y el mercantilismo por la cooperación entre comerciantes y trabajadores bajo el régimen de contrato.⁸

Los liberales fueron pioneros en la lucha por la consideración de la monarquía tal como la conocemos en la actualidad en la lucha por el poder y la soberanía del pueblo, por la autoridad e, independencia del parlamento, por la libertad y por la resistencia a la autoridad arbitraria, por la libertad de prensa, por la libertad religiosa, contra la trata de negros, contra la esclavitud, por la supresión de prohibiciones y restricciones comerciales. Los liberales también han sido laicistas. Todavía es recomendable una buena dosis de laicismo y escepticismo frente a quienes, desde el dogma y la seguridad de la fe política o religiosa que profesan, se sienten iluminados y llamados a dirigir a las masas con la fuerza de quien se sabe poseedor de la verdad. Los liberales defendían la tolerancia religiosa; aunque sus mentores eran protestantes, sin embargo no eran fanáticos y criticaron las guerras de religión como inútiles. Resaltaron la importancia de la actividad económica y defendieron los derechos de propiedad, especialmente cuando había sido acumulada con el esfuerzo de sus dueños. El individualismo y la creencia de que todos los hombres nacen iguales están presentes en el bagaje intelectual de

⁶ M. Friedman, *Capitalismo y libertad*, Rialp, Madrid, 1966, p. 18.

⁷ F. A. Hayek, *Derecho, legislación y libertad*, volumen 2, Unión Editorial, S.A., Madrid, 1979, p. 130.

⁸ H. Spencer, *El hombre contra el Estado*, Aguilar, Buenos Aires, 1963, pp. 23-24.

los primeros liberales. La creencia de que todos los hombres nacen iguales y de que sus desigualdades posteriores son producto de las circunstancias les llevó a dar una gran importancia a la educación. En efecto, Adam Smith afirmaría que "las diferencias más dispares de caracteres entre un filósofo y un mozo de cuerda [...] no proceden tanto, al parecer, de la naturaleza, como del hábito, la costumbre o la educación".⁹ Las mismas vivencias serían mantenidas por los radicales filosóficos: John Stuart Mill, cuando niño, experimentaría en su propia carne los rigores de la idea helvetiana del estado *tamquam tabula rasa* de la mente al nacer.¹⁰ Tendría que pasar mucho tiempo hasta que se incorporara al acervo de conocimientos de los liberales la idea del componente genético en el desarrollo intelectual de los individuos, idea de gran interés en el análisis actual de las bases filosóficas del liberalismo, según veremos más adelante. Las palabras "liberal" y "liberalismo" fueron acuñadas en España cuando, en 1812 los representantes de los españoles libres en Cádiz elaboraron la Constitución, negándose, a aceptar la constitución de Bayona dictada por Napoleón en 1808.¹¹ Pero las ideas de libertad individual, de definición y de defensa de los derechos de propiedad y del individualismo habían comenzado a tomar cuerpo en Inglaterra y en Holanda en el siglo XVII. Se da un estrecho paralelismo entre el avance de la filosofía individualista y el desarrollo de aquellas instituciones capaces de impulsar una organización económica eficaz que permitió reducir las imperfecciones del mercado derivadas de la inseguridad, de los elevados costos de transacción, de información y de organización. En especial, la definición y defensa de un sistema de derechos de propiedad, como conjunto de leyes, normas, usos y reglamentos que contribuyen a definir los derechos de cada uno en relación con la apropiación, utilización y transferencia de los bienes producidos. Las nuevas instituciones hicieron disminuir los riesgos y los costes de la actividad comercial reforzando la dinámica del fenómeno mercantil a la vez que impulsaban el crecimiento económico y la prosperidad. Fue precisamente este desarrollo de las instituciones, al provocar una reducción de los costes de transacción y contribuir a maximizar las ganancias del innovador, propiciando el surgimiento de los incentivos individuales para emprender aquellas actividades socialmente necesarias, lo que constituyó el fundamento y el origen

⁹ A. Smith, *Investigación sobre la naturaleza y las causas de las riquezas de las naciones*, F.C.E., México, 1979, p. 18.

¹⁰ John Stuart Mill, como es sabido, era hijo de James Mill, economista perteneciente al grupo de los radicales filosóficos, convencido de la importancia del papel de la educación en la formación del carácter de los individuos, y en consecuencia sometió a su hijo John Stuart Mill a una rigurosa educación y a un aprendizaje precoz del que el mismo John Stuart Mill nos dejaría clara noticia en su *Autobiografía*.

¹¹ Sobre los orígenes de la palabra liberal pueden verse dos artículos de Pedro Grasses, titulados, "Liberal, voz hispánica" (1950) y "Algo más sobre liberal" (1964)* en este último artículo trata del posible origen francés de la expresión *Ideas liberales*. Ambos artículos están recogidos en * Pedro Grasses, *Obras*, 13, *Ensayos y reflexiones*, Seix Barral, Barcelona, 1983, pp. 81-88.

del capitalismo. Tanto en Holanda como en Inglaterra tuvo lugar este fenómeno, aunque en Holanda en una fecha más temprana. Como han señalado Douglass C. North y Robert Paul Thomas, tanto en Holanda como en Inglaterra "se produjo un crecimiento económico constante, consecuencia de un contexto favorable para la evolución de un sistema de derechos de propiedad que fomentaba los acuerdos institucionales, desembocando en una posesión absoluta y libre de servidumbres de la tierra, mano de obra libre, protecciones de los bienes privados, derechos de patente y otros estímulos a la propiedad intelectual, así como multitud de acuerdos institucionales destinados a reducir las imperfecciones del mercado en los mercados de bienes y capitales".¹² Los Países Bajos crearon y garantizaron, en época muy temprana, unos derechos de propiedad adecuados para el desarrollo de un mercado de productos eficaz y de un mercado de capitales, y todo ello gracias a una política liberal de sus gobernantes, consistente en promover el comercio internacional, reducir la exclusividad y el grado de monopolio de los gremios. Todo esto convirtió a las Provincias Unidas en la primera zona de Europa occidental capaz de sustraerse a los efectos de los frenos malthusianos, con un incremento sostenido de la renta per cápita a lo largo del siglo XVII, a la vez que conseguían garantizar la supervivencia de una población en constante incremento. Por el contrario, sería la inseguridad de los contratos y la falta de garantía de muchos derechos de propiedad (fenómenos propiciados por la penuria financiera de los monarcas españoles, quienes varias veces se declararon en bancarrota e insolventes, hasta el punto de contribuir a la ruina de los banqueros alemanes de la Casa Fugger, así como de otros banqueros españoles y de los mercaderes burgaleses de lana, precipitados a la bancarrota por las suspensiones de pagos y las moratorias puestas por Felipe II), y, en definitiva, la falta de una organización económica eficaz, la causa del retraso económico de España por las mismas fechas.¹³ Pero en esta época ---segunda mitad del siglo XVII--- Holanda era, además, el país de asilo y libertad para los refugiados políticos. Allí escribió el gran filósofo de la libertad John Locke sus *Dos ensayos sobre el gobierno civil*, publicados en 1690; en el segundo de ellos justifica la propiedad como producto del trabajo, sentando así las bases de la teoría del valor-trabajo de la escuela clásica inglesa de economía y de Marx. Pero Locke en su defensa de la libertad incluía la necesidad de salvaguardar la vida y las posesiones de los miembros de la sociedad; en sus propias palabras, "de lo que se trata es de que cada uno tenga libertad para disponer como bien le parezca de su

¹² Douglass C. North y Robert Paul Thomas, *El nacimiento del mundo occidental, una nueva historia económica 900-1700*, Siglo XXI, Madrid, 1980, p. 29.

¹³ En cuanto a las relaciones de la casa Fugger con la Hacienda Española, puede verse Victoriano Martín Martín, *Los Rothschild y las minas de Almadén*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1980, pp. 43-53. Por lo que se refiere a los mercaderes de lana, Marie Helmer, "Apuntes de lectura* los mercaderes españoles y el comercio de lana en el siglo XVI", *Moneda y Crédito*, N° 170, septiembre de 1984, pp. 95-99.

persona, de sus actos, de sus bienes y de todo cuanto le pertenece".¹⁴ En los primeros pensadores del liberalismo la vida y la libertad aparecen indisolublemente ligadas a la propiedad, esto es, al uso y disposición libre de los frutos del trabajo personal. La propiedad es entendida en sentido amplio, incluyendo derechos sobre terceros y ciertas expectativas, hasta tal punto que David Hume, otro filósofo y economista ilustre del siglo XVIII, consideraba la propiedad como una ley fundamental de la naturaleza y así hablaba de las "tres leyes fundamentales de la naturaleza: la de la estabilidad de la posesión, la de su transferencia por consentimiento y la del cumplimiento de las promesas". Pero va todavía más lejos al afirmar que "la paz y la seguridad de la sociedad humana dependen enteramente de la observancia estricta de estas tres leyes: allí donde no sean obedecidas será imposible establecer un buen sistema de relaciones entre los hombres".¹⁵

A fines del siglo XVIII y principios del XIX tomó fuerza el movimiento intelectual que ensalzaba la libertad como meta y al individuo como entidad superior de la sociedad. Se intentó suplantar el protagonismo que las recetas de los mercantilistas, a veces altos funcionarios, habían atribuido al estado, con la proclamación del *laissez-faire* con el fin de realzar el papel del individuo en los asuntos económicos. Frente a la política poblacionista y de salarios bajos, postulada por los mercantilistas, con el propósito de que los empresarios pudieran disponer de mano de obra abundante y barata, Adam Smith proclama que "ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros son pobres y miserables", y que "es, por añadidura, equitativo que quienes alimentan, visten y albergan al pueblo entero participen de tal modo en el producto de su propia labor que ellos también se encuentren razonablemente alimentados, vestidos y alojados".¹⁶ En parecidos términos se expresaría años más tarde David Ricardo al señalar que "cualquier persona humanitaria no puede sino desear que en todos los países las clases trabajadoras saboreen las comodidades y los goces y que se les estimule por todos los medios legales para obtenerlos".¹⁷ Pero en momentos en los cuales existe prácticamente veneración por el excedente empresarial tal vez sea conveniente recordar también las palabras de Ricardo: "nunca deseo ver que el valor de cambio de la masa de bienes equivalga a más mano de obra que la usual *al mismo precio*, pues aunque estimo mucho las ventajas resultantes de beneficios altos nunca deseo ver aumentados los beneficios a costa de la clase trabajadora".¹⁸

¹⁴ J. Locke, *Segundo tratado sobre el Gobierno*, Aguilar, Madrid, 1981, p. 43

¹⁵ David Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, vol. II, Editora Nacional, Madrid, 1977, p. 760

¹⁶ A. Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 77.

¹⁷ David Ricardo, *Principios de economía política y tributación*, F.C.E., México, 1976, p. 76.

¹⁸ David Ricardo, *Notas a los principios de economía política de Malthus*, F.C.E., México, 1958, p. 263.

Los intereses de las compañías monopolistas y manufactureras privilegiadas, que postulaban altos aranceles en aras de una balanza comercial favorable (lo cual redundaba a su vez en la acumulación de reservas monetarias, al tiempo que empobrecía al vecino y aumentaba la capacidad del soberano para conseguir hombres y armas para la guerra), fueron suplantados por la defensa del comercio libre con el exterior como medio de unir la nación con el mundo en forma pacífica y democrática. En este sentido, justo es hacerlo notar aquí, Adam Smith, el primero en exponer de manera coherente y sistemática los argumentos en favor del libre tráfico, admitía limitaciones a éste precisamente en el campo relacionado con la defensa. Es famoso su argumento de que la defensa es más importante que la opulencia, en favor del Acta de Navegación, que aseguraba a las naves británicas el transporte de los materiales derivados de la industria necesaria para la defensa del territorio. Igualmente estaba A. Smith en favor de las primas a las manufacturas para la defensa del país.¹⁹

La consideración del libre comercio como instrumento que tiende a fomentar la paz y la amistad entre los pueblos aparece esbozada en los *Principios de economía política y tributación*, de David Ricardo; éste afirma que "en un sistema de comercio absolutamente libre cada país invertirá naturalmente su capital y su trabajo en empleos tales que sean lo más beneficioso para ambos. Esta persecución del provecho Individual está admirablemente relacionada con el bienestar universal".²⁰ Estas ideas alcanzarían su más clara explicitación en la escuela antiimperialista de Manchester, ligada a los nombres de R. Cobden y J. Brighth. El lema de Cobden fue "libre cambio, buena voluntad y paz entre las naciones". Para él "el comercio es la gran panacea que, como un descubrimiento medicinal benéfico, servirá para inocular la salud y promover la civilización en todas las naciones del mundo". Vale la pena continuar con las palabras de Cobden, a pesar de su carga de retórica: "que ni una caja de mercancía deje nuestras playas si no lleva con ella la semilla de buenas relaciones y de los pensamientos fructíferos a los ciudadanos de otra nación menos culta que la nuestra; que ni un solo comerciante visite nuestras industrias manufactureras si no ha de volver a su país como el misionero de la libertad, de la paz y del gobierno. Y que nuestros vapores, que visitan todos los puertos de Europa, y nuestros trenes milagrosos, que son el asombro de todas las naciones, sean anuncio y testimonio de lo que valen nuestras cultas instituciones".²¹

Casi con toda seguridad, no faltarán quienes, tras extrañarse de que tales ideas estén presentes en el "manchesterianismo liberal", encontrarán alguna justificación sibilina de ellas o algunos ocultos

¹⁹ A. Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 409.

²⁰ David Ricardo, *Principios de economía política*, p. 102

²¹ Citado por Bertrand Russell, *Libertad y organización*, traducción de León Felipe, Finesterra, México, 1975, p. 141.

intereses reaccionarios para la explotación de los trabajadores a escala planetaria. Pero, de cualquier manera, parece más loable predicar la paz universal y la concordia mediante los intercambios comerciales, que el rearme aunque sólo sea arancelario; después vendrá el otro y la necesidad de aplastar al vecino. Es cierto que, aunque sólo aparentemente, el comercio es más beneficioso para los dos países cuando ninguno de ellos puede producir lo que compra. Las cosas se complican cuando un país vende a otro lo que este último puede producir aunque con ello ganen ambos en eficacia y baratura. En este caso el enojo de los competidores alcanza cotas más altas que la satisfacción de los consumidores, y será precisamente el poder de aquellos y no los deseos y necesidades de éstos lo que torne la amistad en antipatía y la concordia en rearme arancelario.

Frente al sentido peyorativo con que se emplea la expresión "liberalismo decimonónico", aquí nos referimos al liberalismo en su sentido original, reivindicando el radicalismo de los liberales del siglo XIX, así como su lucha en favor de la descentralización política y de cambios en las instituciones a fin de garantizar la libertad individual y potenciar el progreso, tanto económico como de las ciencias y de las artes, objetivos que consiguieron en un grado muy elevado.

No faltaron en la España del siglo XIX ejemplos del esfuerzo desplegado por los liberales para impulsar el progreso y la modernidad en todos los órdenes. Tal vez el más patente sea el que se llevó a cabo tras el triunfo de la gloriosa revolución de septiembre de 1868. Pero hubo bastantes más. Los mejores conocedores de nuestro siglo pasado apuntan la idea de que tal vez unas mayores cuotas de libertad económica hubieran impedido que el crecimiento de la renta en España comenzara a quedarse a la zaga de la prosperidad europea.²²

En estos momentos en que parecen generalizarse las políticas económicas de corte liberal, incluso practicadas por los gobiernos socialistas y socialdemócratas de Europa, tal vez sea más fácil aceptar que el período que va de 1790 a 1870 aproximadamente, denominado por J. A. Schumpeter intermedio liberal, "estuvo acompañado por un desarrollo económico que carecía de precedentes". El mismo Schumpeter atribuye la impresionante serie de éxitos innegables a "la política del liberalismo económico como causa principal o incluso única". Pero merece la pena seguir con las reflexiones al respecto del gran historiador del análisis económico, que continuaba diciendo "que la promesa económica que el sistema de libre empresa enunciaba para todos no era una frase hueca: el nivel de vida de las masas seguía siendo bajo, pero se fue elevando

²² En este sentido puede verse la autoridad que representa Gabriel Tortella, "La economía española 1830-1900", en Historia de España, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, VIII, Revolución burguesa y constitucionalismo (1834-1923), Labor, Barcelona, 1981, especialmente cap. IX. Pp. 131-160.

constantemente durante casi todo el período; el aparato económico absorbió cantidades crecientes de trabajadores con salarios reales también crecientes; es posible que el 'almuerzo a discreción' de los librecambistas ingleses haya sido la consigna menos equívoca jamás inventada por unos políticos".²³ No parece que necesiten muchos comentarios las palabras de Schumpeter, sino sólo que apoyan las reflexiones que venimos realizando.

Pero tal vez quien mejor haya descrito jamás los logros del capitalismo haya sido Marx en el capítulo primero del *Manifiesto del partido comunista* al referirse a la burguesía, entendiendo por tal, según nota de Engels a la edición inglesa de 1888, "la clase de los capitalistas modernos". Dice Marx: que "el mercado mundial ha dado origen al desarrollo inconmensurable del comercio, la navegación y las comunicaciones terrestres [...] La burguesía ha desempeñado un papel extremadamente revolucionario en la historia [...]. Sólo ella ha demostrado qué puede producir la actividad de los hombres. Ha llevado a cabo obras maravillosas [...]. Los productos intelectuales de las diversas naciones se convierten en patrimonio común [...]. Mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción y la infinita facilitación de las comunicaciones, la burguesía también arrastra hacia la civilización a las naciones más bárbaras. Los bajos precios de las mercancías constituyen la artillería pesada con la cual demuele todas las murallas chinas, con la cual obliga a capitular a la más obcecada xenofobia de los bárbaros [...] la burguesía ha creado ciudades enormes, ha incrementado en alto grado el número de la población urbana en relación con la rural, sustrayendo así a una considerable parte de la población al idiotismo de la vida rural [...]. El sojuzgamiento de las fuerzas de la naturaleza, la maquinaria, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, la urbanización de continentes enteros, la navegabilización de los ríos, poblaciones íntegras como surgidas de la tierra [...]"²⁴

Hasta aquí hemos venido analizando los estrechos lazos existentes entre la filosofía liberal y el capitalismo; cómo la filosofía liberal propició el surgimiento de las instituciones que constituyeron el fundamento del capitalismo y cómo un análisis objetivo de las obras de los economistas clásicos nos advierte de su condición de practicantes de la filosofía liberal y partidarios del capitalismo. Además, existe una identidad entre la base filosófica del liberalismo y el capitalismo y la concepción de la naturaleza humana que subyace a la teoría económica: la de que el ser humano es evaluador, maximizador y ocurrente, características que lleva marcadas en su acervo genético y que le impulsan a buscar incansable e

²³ J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, pp. 449-452.

²⁴ K. Marx y Friederich Engels, *Manifiesto del partido comunista*. En OME-9/*Obras de Marx y Engels*, edición dirigida por Manuel Sacristán Luzón, Crítica Grijalbo, Barcelona, 1978, pp. 137-141.

ingeniosamente su propio interés. Ahora bien, esta concepción implica, como claramente ha señalado Pedro Schwartz en una obra reciente, el que "como los individuos no son sino parcialmente maleables, sufrirá grandes pérdidas aquella sociedad que pretenda moldearlos del todo";²⁵ sin embargo, volveremos sobre esta última idea más abajo; desarrollaremos ahora aquella visión que subyace a la teoría económica, según la cual los participantes en la sociedad están motivados por sus propios intereses y actúan de acuerdo con ellos. Aquella visión presupone, además, que los individuos, al tomar decisiones, actúan *racionalmente* sopesando sus costes y beneficios. El liberalismo, por su parte, es una filosofía de la organización de los sistemas sociales, basada en una concepción determinada del comportamiento humano: la concepción "económica" que considera al hombre no como un monstruo egoísta --esto ya lo dejó claro Adam Smith en su *Teoría de los sentimientos morales*--, sino como un individuo racional que toma decisiones consistentes con la evaluación de su propio interés y con la restricción de tener que asignar unos recursos escasos entre fines que compiten entre sí.

Por supuesto que el modelo de *homo oeconomicus* que subyace a este razonamiento no es el único posible, ni es nuestra intención reducir toda la naturaleza humana al *homo oeconomicus*.

Conscientes de que se trata de una idealización de la realidad, pensamos que es un modelo capaz de explicar y predecir ciertos aspectos del funcionamiento de la sociedad, sobre todo los relacionados con la producción y la distribución de bienes y servicios y con sus precios. Esto parece lícito, y ello porque la mejor hipótesis es aquella que, siendo la más simple, tiene el mayor poder de explicación y de predicción.

Es un hecho evidente que en cualquier sociedad existen restricciones al ejercicio del interés individual. De ahí la necesidad de un marco legal que regule y canalice las formas en que aquél se manifiesta. En este sentido, la regulación de los derechos de propiedad y de los contratos desempeña un papel muy importante. Una vez establecido el marco jurídico necesario, la competencia representará el caldo de cultivo más idóneo para que el interés individual y la adecuada estructura de incentivos muestren sus efectos más beneficiosos. Del lado de la producción la competencia obliga a los productores a vender sus productos al precio de la empresa que venda más barato, obligando además a adoptar métodos de producción con el mínimo coste, así como a emplear de la manera más eficiente posible los factores productivos. De igual modo la competencia protege a los individuos de la explotación de compradores y vendedores monopolistas, ofreciendo incentivos para que las empresas produzcan los bienes demandados por los consumidores.

²⁵ P. Schwartz, *Bases filosóficas del liberalismo*, Instituto de España, Madrid, 1984, p. 115

El sistema económico del laissez-faire es más eficiente

El estímulo de la competencia lleva consigo uno de los más importantes acicates del comportamiento humano. La competencia incentivará a los mejores para que superen a sus inmediatos seguidores. La competencia, si se la deja actuar, facilita la utilización de las capacidades y conocimientos personales al más alto nivel. En un marco de competencia no perturbada serán producidos cuantos bienes alguien sepa producir y puedan ser vendidos rentablemente a precios a los cuales los compradores prefieran su adquisición a cualquier otra posibilidad. Cuanto se produzca será ofrecido por quienes son capaces de hacerlo por lo menos de manera tan económica como cualquier otro individuo, y los artículos serán vendidos a precios iguales, si no inferiores, a los que por ellos exigirían quienes hoy están ocupados en otras actividades.

El mercado, el ámbito en que puede conseguir la competencia los resultados más beneficiosos, dispone de un inmejorable sistema de información: los precios. El sistema de precios ---tanto de productos como de factores--- proporciona un sistema de señales que induce a quienes participan en el proceso económico a alterar la dirección de sus esfuerzos. Como apunta Hayek, "la función del sistema de precios no es tanto recompensar a la gente por lo que *ha hecho* sino señalar lo que, tanto en beneficio propio como del interés general, *se debe hacer*".²⁶ Cualquier medida, sea a través de la reglamentación o de la protección, que perturbe aquel sistema de información incrementará los costes de transacción, desencadenando una serie de consecuencias no queridas, cuyos efectos negativos sobrepasarán con creces a los males que se quisieron remediar.

La confianza de Adam Smith en la competencia, en contra de las reglamentaciones, quedó claramente reflejada en *La riqueza de las naciones* con su teoría de la "mano invisible". Los precios que se establecen en un mercado libre pueden coordinar las actividades de millones de personas, cada una de las cuales busca su propio interés de tal modo que todos se benefician, dando lugar a la aparición del orden económico como una consecuencia involuntaria de diferentes personas, cada una en busca de su propio beneficio. En palabras de Adam Smith, el individuo "es conducido por una mano invisible a promover un fin que no estaba en sus intenciones. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios". Pero Adam Smith no sólo habló de la eficacia del sistema de precios. Ponía en guardia también contra los peligros de introducir elementos perturbadores dentro del sistema mediante la acción

²⁶ F.A. Hayek, *Derecho, legislación y libertad*, vol. 2, El espejismo de la justicia social, p.127.

directa de los gobernantes, las reglamentaciones y las prohibiciones. Nadie mejor que el individuo interesado puede juzgar dónde y cuándo debe invertir su capital, y en todo caso mejor que el hombre de estado. Por lo que se refiere al intento de los gobernantes de dirigir a los particulares sobre la forma en que deben emplear sus recursos, señala Adam Smith cómo el empeño es tanto más peligroso "en manos de una persona lo suficientemente presuntuosa e insensata como para considerarse capaz de realizar tal cometido". En cuanto a los aranceles "en la mayor parte de los casos" se traducen "en una medida inocua o en una regulación perjudicial. Será inútil una reglamentación de esta clase, evidentemente si el producto doméstico se puede vender tan barato como el de la industria extranjera, y si no puede venderse en esas condiciones será, por lo general, contraproducente".²⁷

La reglamentación y la protección de la economía destruyen su eficiencia, primando el despilfarro. Y ello porque, detrás de cada reglamentación, detrás de cada arancel, casi con toda seguridad, al menos inicialmente, se esconde un privilegio que beneficia a un grupo reducido con perjuicio para la mayoría de los consumidores, cuyo interés es el *laissez-faire*.

Sin embargo, no pensamos que las leyes económicas, siguiendo la terminología de John Stuart Mill, dicten la abolición de los aranceles y de todo tipo de reglamentación; lo que queremos decir es que, dadas las motivaciones económicas de los individuos, la abolición de los aranceles y de las reglamentaciones redundaría en una mejor asignación de los recursos y en una mayor prosperidad para el conjunto de la humanidad. O, de otra forma, que parece que el sistema de libertad postulado por el liberalismo político constituye el marco más idóneo para que el liberalismo económico consiga los mejores resultados.

Esta línea de argumentación se ha visto reforzada en la segunda mitad del siglo XX por las explicaciones de los psicólogos, respaldadas por la biología, en cuanto al carácter genético de los rasgos importantes de la naturaleza individual; esto ha dado lugar a las tesis resumidas por el profesor Schwartz, y señaladas más arriba, de que al no ser los individuos "puramente un producto de la sociedad en que viven, no se muestran plenamente maleables ante las condiciones sociales [...]" y puesto que los individuos no son sino "*parcialmente maleables sufrirá grandes pérdidas de energía aquella sociedad que pretenda moldearlos del todo y será más progresiva aquella sociedad que, por su carácter abstracto y abierto, permita la más libre experimentación compatible con la subsistencia de los lazos sociales*".²⁸

Finalmente, para terminar este apartado sobre la mayor eficacia de un sistema de libertad económica, no resisto la tentación de

²⁷ A. Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 402.

²⁸ P. Schwartz, *Bases filosóficas del liberalismo*, p. 115

transcribir las palabras de Stigler referidas a las dos principales fuentes de prosperidad económica en el siglo XIX. Dice Stigler que no fueron de carácter político, sino:

"i) Un sistema económico que ponía el dominio de los recursos en manos de cualquiera que pudiera demostrar su habilidad e integridad en emplearlos; y

ii) Una estructura de recompensas económicas que permitían y alentaban a la innovación en

a) el descubrimiento de recursos,

b) el desarrollo de nuevas tecnologías y

c) la organización y financiación de las actividades económicas".

Y añade una cosa muy importante: que "no existe evidencia de que esas fuentes de acción [...] hayan comenzado a agotarme".²⁹

Los defensores del capitalismo y la clase empresarial

Ahora bien, parece conveniente aclarar algunos malentendidos referentes, por una parte, a quiénes son los verdaderos apologistas de los empresarios y, por otra, quiénes son los grupos que con mayor fuerza y eficacia se oponen a un sistema económico de libertad. Por lo que se refiere a lo primero, no cabe duda de que ha sido Adam Smith quien injustamente ha sido tratado como el mayor apologista de la clase empresarial, pero tampoco G. Stigler, economista de Chicago, ha gozado de las simpatías de quienes muchas veces se erigen gratuitamente en defensores de la clase trabajadora. Y ha sido con el pretexto de defender a los oprimidos como se han diseñado las más diversas políticas a través del sector público para intervenir en la economía. Los dos autores citados no han dejado de resaltar el papel de, capital importancia que la clase empresarial desempeña en la creación de, riqueza y de prosperidad. Sin embargo, tampoco han dejado de prevenir contra las a veces aviesas intenciones de aquella comunidad llamando la atención sobre la necesidad de establecer el marco legal adecuado para la defensa de la competencia contra las presiones de los empresarios. Adam Smith se expresaba de la siguiente manera: "Los intereses de Quienes habitan en ciertos ramos del comercio o de las manufacturas, en algunos respectos no sólo son diferentes sino por completo opuestos al bien público. El interés del comerciante consiste siempre en ampliar el mercado y restringir la competencia. La ampliación del mercado suele coincidir, por regla general, con el interés del público, pero la limitación de la competencia redundará siempre en su perjuicio, y sólo, sirve para que los comerciantes, al elevar sus beneficios por encima del nivel natural, impongan en beneficio propio una contribución absurda

²⁹ G. Stigler, *Placeres y dolores del capitalismo moderno*, Papeles del Instituto de Economía de Mercado, Unión Editorial, S.A., Madrid, 1983, p. 15.

sobre el resto de los ciudadanos".³⁰ Y Stigler, tras dejar sentado que "los empresarios y directores, casi por definición, son los dinamizadores de la sociedad, asegura que "la mayor parte de las reglamentaciones a las que están sujetos los hombres de negocios tienen que ser provocadas o aceptadas por ellos mismos. Han sido ellos quienes han convencido a la 'Administración [...] para que iniciara los controles' ". Por el contrario "los consumidores, especialmente los más modestos, no tienen nada que ganar con la reglamentación de la economía, que destruye la eficiencia".³¹

Conclusión

Este trabajo ha intentado poner de manifiesto la inconsistencia de la distinción entre un supuesto liberalismo político al margen del liberalismo económico o capitalismo, denominaciones éstas que procuran evitar cuidadosamente aun quienes gustan de llamarse liberales. Tras realizar un breve recorrido a través de las distintas formaciones políticas, analizando sus injustificadas fobias y sus prejuicios, hemos intentado describir, muy a grandes rasgos, los logros conseguidos por la ideología liberal en el campo político y cultural, haciendo hincapié en cómo la filosofía liberal provocó el surgimiento de aquellas instituciones que sentaron las bases de una organización económica eficaz, que constituyó el fundamento del capitalismo. Hemos resaltado cómo fueron aquellos países en los que primero arraigó la filosofía liberal los primeros también que, al dotarse en una época temprana de instituciones típicamente capitalistas, lograron eliminar de sus territorios los fantasmas de los frenos malthusianos al crecimiento de la población. Se ha puesto de manifiesto también cómo no se hace justicia con aquellos economistas del pasado que han recibido las más duras críticas y acusaciones de haber contribuido a la explotación de los trabajadores; estas acusaciones no encuentran fácilmente fundamento en sus obras, que más bien rebosan esfuerzos en pro de la libertad y prosperidad de los menos favorecidos de la humanidad, advirtiendo sobre los peligros del poder y de la conveniencia de que éste se halle lo más distribuido posible entre los distintos miembros de la sociedad, así como de la conveniencia de establecer relaciones comerciales a nivel internacional. Finalmente hemos concluido que, dadas las motivaciones económicas de los individuos de las que parten tanto la filosofía liberal como la teoría económica, es el sistema de libre competencia y de libertad de precios, postulado por el capitalismo, el marco más idóneo para la eficacia y la prosperidad económica, ya que, al no ser los individuos fácilmente maleables, cualquier intento de reglamentación e intervención más allá del establecimiento de un

³⁰ A. Smith, *La riqueza de las naciones*, p. 241.

³¹ G. Stigler, *Placeres y dolores del capitalismo*, pp. 10-12.

marco legal en que aparezcan claramente establecidas las reglas del juego se traducirá, si no en despilfarro, en una prima a la ineficacia.